



Entre nacionalismos e internacionalismos

Adolfo Sánchez Vázquez

Fuente: <http://www.memoria.com.mx/>

Con respecto al tema general escogido, hemos procurado permanecer fieles al espíritu de las jornadas anteriores de Sao Paulo y Buenos Aires de enfrentarse, desde una perspectiva académica, a cuestiones actuales que interesan a todos, más allá de nuestros recintos académicos. Por ello, se ha pretendido además abordarlas no en un plano abstracto, general, sino en el de la concreción que aportan a sus diversas manifestaciones particulares al despuntar el siglo XXI y, a mayor abundamiento, la tonalidad que adquiere esta concreción sobre todo después de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001.

Tenemos, pues, en el centro de la atención, al Imperio. Ciertamente, aunque se trata de una categoría histórica que puede aplicarse a diversos sistemas de dominación de épocas lejanas, como los imperios español, británico, otomano o francés e, incluso, a los de épocas tan remotas como el Imperio romano, cuando hoy hablamos de Imperio tenemos en la mira al que actualmente ejerce la dominación mundial, o sea, el Imperio norteamericano.

Se trata de un imperio que, si bien no tiene una historia tan larga como los del pasado, supera a todos ellos en su rasgo común: el dominio mundial. Se trata, a su vez, de un imperio que tanto han sufrido –y que siguen sufriendo– los pueblos latinoamericanos. Ciertamente, esta historia imperial –imperialista– de Estados

Unidos surgió precisamente en nuestro continente, vinculada con la doctrina monroísta del “Destino Manifiesto”, con la que se justifica su expansión en América Latina y, particularmente, en México. Pero, en esa historia imperial hay dos tendencias o dos épocas, claramente delimitadas, antes de entrar en la tercera o actual.

La primera, la propiamente americana, es la de la expansión territorial en nuestro continente, sufrida tan duramente por México. Ya esta expansión se justificaba invocando el destino o misión que la Divina Providencia asigna a Estados Unidos. Pero, a finales del siglo XIX, con la guerra contra España y la sujeción de Cuba y Filipinas para “liberarlas”, Estados Unidos inicia su fase de proyección o expansión mundial. Justamente, por entonces, en 1904, pueden escucharse las palabras del presidente Teodoro Roosevelt que hoy nos son tan conocidas en boca del presidente Bush. Son las palabras con las que Roosevelt proclama –cito literalmente– “el derecho a intervenir ante las ‘fuerzas del mal’ y el derecho a determinar qué pueblos ‘se portan bien’”.

Las “fuerzas del mal” o el “eje del mal” –como dice Bush– han cambiado históricamente. En el siglo pasado, fue el comunismo, pero después del derrumbe de la Unión Soviética y del llamado “campo socialista”, el gobierno de Estados Unidos se quedó sin un enemigo definido y expreso. Por otra parte, el denominado “síndrome de Vietnam”, provocado por la impresión que producía en la opinión pública norteamericana el costo en vidas humanas que imponía la heroica resistencia vietnamita, paralizó un tanto el intervencionismo norteamericano, aunque no dejó de expresarse en diferentes formas –no directamente militares– y, sobre todo, en nuestro continente, en Guatemala, Chile y Nicaragua.

Pero, después de algunos años de no poder invocar el “peligro comunista”, los ideólogos neoconservadores y los estrategas del Pentágono buscan un nuevo objetivo: el terrorismo y la necesidad de combatirlo a escala mundial y en los atentados del 11 de septiembre encuentran definido este objetivo: el terrorismo al identificarlo, según ellos, con las fuerzas o el “eje del mal”, encarnados por Irán, Corea del Norte y, especialmente, por Iraq. Los más burdos e improbados pretextos, como pudo advertirse desde el primer momento y se vio claramente después, se utilizaron para la guerra contra el pueblo iraquí: sus vínculos con Al Qaeda, la amenaza de empleo de armas de exterminio en masa y la instauración de la “democracia”.

Ahora bien, como demuestran estos episodios recientes, la categoría histórica de imperio, que tiene antecedentes tan lejanos como los que señalamos y que, en los tiempos modernos, se inserta en la lógica de expansión incesante del capitalismo, tan claramente expuesta y denunciada por Marx hace más de siglo y medio, adquiere rasgos propios en nuestros días con el nuevo orden imperial norteamericano. Se trata, en primer lugar, de un imperio que, a diferencia de los del pasado, no conoce retos de otros imperios, pues su poderío militar supera al de todos los rivales juntos que pudieran existir.

En segundo lugar, este imperio no reconoce los límites que pudieran imponerle las naciones que trataran de defender y afirmar su soberanía. Por otra parte, aunque el imperio no renuncia a destruir por la vía militar a una nación que inscribe en el “eje del mal”, como en el caso de Iraq, la soberanía de las naciones – formalmente mantenida– queda recortada o anulada al supeditarse su economía a las instancias supranacionales, hegemонizadas por el Imperio norteamericano.

En tercer lugar, el Imperio tampoco encuentra límites a su dominio, ya sea internos o externos en el Derecho. El pisotear, por un lado, los derechos de los ciudadanos de su propio país, como lo demuestra la Ley Patriótica que autoriza los interrogatorios y las detenciones secretos; y, por otro lado, no reconoce límites no sólo al pisotear la legalidad internacional, sustraerse a las decisiones del Tribunal Internacional y asegurarse incluso la impunidad de sus militares en los delitos contra la humanidad, sino convirtiendo en un trasto inútil a Naciones Unidas ante su política de guerra, aunque ahora la considera útil si avala y comparte militarmente la ocupación de Iraq.

Tal es el Imperio Norteamericano en su fase actual. Pero, como en el pasado, no puede hablarse de él sin ponerlo en relación con lo que sojuzga, domina o hegemoniza la nación que, lejos de desaparecer, sobrevive para servirle mejor. Ahora bien, aunque definido territorialmente –el de Estados Unidos– este Imperio es propio de un sistema económico y social –el capitalismo– hegemónico por las transnacionales de ese país y, por ello, se expande y domina mundialmente movido no por los principios religiosos o democráticos que invoca, sino por la tendencia a la expansión económica que está en la entrada de su sistema. Por ello, su invasión a Iraq despide un fuerte olor a petróleo. Pero la nación que, hoy por hoy, encarna más plenamente ese expansionismo propio del sistema en su fase de globalización, o sea, con esta nueva y perversa forma de internacionalismo, es también fuente de un exasperado nacionalismo. De este modo, el internacionalismo repulsivo de la globalización –hegemónica por Estados Unidos– se conjuga con un histérico nacionalismo o patriotismo norteamericano.

Pero el internacionalismo del que estamos hablando es el propio del mercado y del capital financiero y, en cuanto que en él se

proyecta mundialmente el Imperio, es sinónimo de imperialismo. Frente a este internacionalismo actual, se hace necesario – como en el pasado– un internacionalismo de los pueblos sojuzgados y oprimidos. Pero, desaparecidos los internacionalismos representados por las internacionales de los partidos y sindicatos obreros que, durante siglo y medio, se opusieron al internacionalismo del capital, hemos tenido durante los últimos decenios un vacío desolador. Hemos tenido, sí, y cada vez en mayor escala, la internacionalización del capital, pero no la de las luchas liberadoras de los oprimidos y explotados.

Ahora bien, sin caer en infundados optimismos, cabe registrar que esta situación –ese desolador vacío– comienza a cambiar con la aparición de un nuevo, y todavía incipiente, internacionalismo como alternativa a la dominación mundial del Imperio. Se trata de las manifestaciones contra la Organización Mundial de Comercio en Seattle en 1999, hasta llegar a los Foros Sociales Mundiales contra la globalización y, últimamente, las masivas movilizaciones en muchos países contra la monstruosa guerra de Iraq. Con estas acciones contra el poder mundial de Estados Unidos, va surgiendo un nuevo internacionalismo opuesto al que –como la globalización– hegemoniza el Imperio norteamericano. Por este doble y antagónico plano de dominación mundial y resistencia a ella a nivel internacional, hablamos –en nuestra convocatoria– de internacionalismos (en plural) en el siglo XXI y, por ello, hablamos también –teniendo como referente a la nación– de nacionalismos en plural, pues, ciertamente, hay un nacionalismo que, en nombre de los valores propios de la nación, de la tierra, de la identidad, de la tradición o de un destino manifiestos, es excluyente o incompatible con el reconocimiento de los valores, tradiciones o culturas de otras naciones lo que,

por tanto, hace imposible la convivencia pacífica entre los pueblos.

Este nacionalismo excluyente tiene siempre en su base cierto fundamentalismo –ya sea éste étnico, religioso o racial– que hace sentirse a quienes lo comparten no sólo diferentes del otro, sino superiores a él. La Alemania nazi sería un ejemplo extremo de este nacionalismo. El fundamento que invocaba para proclamar la grandeza y superioridad de la nación alemana era la raza aria. Otras veces ha sido y es la religión. En la actualidad, vemos cómo se atiza el fuego patrioter en Estados Unidos, alegando la superioridad de su modo de vida y la amenaza que el terrorismo internacional significa para él.

En todos estos casos, el denominador común es la exclusión no sólo interna, en el seno mismo de la nación, de los que no comparten el fundamentalismo que se invoca, sino también la exclusión externa hacia otros pueblos por tener otros valores, culturas o modos de vida. Este nacionalismo es incompatible con un sano internacionalismo pero no lo es –como lo demuestra hoy el patriotismo estadounidense– con su forma más repulsiva de internacionalismo, o sea, el imperialismo.

Ahora bien, frente al nacionalismo excluyente está el de los pueblos que encuentran en sus mejores tradiciones y en sus raíces históricas y culturales la afirmación de su ser nacional. Es el nacionalismo que, a lo largo de su historia contemporánea, ha permitido a los pueblos latinoamericanos resistir a la voracidad del Imperio del Norte. Se trata de un nacionalismo que, si bien es incompatible con todo nacionalismo excluyente y con toda forma globalizadora de internacionalismo, no lo es con el sano nacionalismo de otros pueblos, con los que puede convivir pacíficamente, ni tampoco con el internacionalismo que asegura precisamente esa convivencia.

Llegamos así al final de nuestra presentación. Hemos pretendido, con ella, trazar el marco temático general que nos ha llevado a convocar estas jornadas bajo el rubro “Imperio y nación: internacionalismos y nacionalismos en el siglo XXI”, considerando estos términos en su pluralidad y en sus relaciones cruzadas.

Confiamos en que la celebración de estas Terceras Jornadas de Teoría y Filosofía Política, al ser proyectadas posteriormente más allá de la academia, una vez publicados sus trabajos, contribuirán a esclarecer una cuestión tan viva y actual como la de las relaciones entre Imperio y nación, así como entre los internacionalismos y nacionalismos de nuestros días.

* * *

